

SEGUNDA CUARESMA

DEL

DUQUE JOB

PRIMER SERMÓN.

Hace dos años tuve la honra de predicar en esta misma iglesia un pequeño cuaresmal, singularmente dedicado á las señoras. En esta cuaresma vuelvo al mismo púlpito y con iguales buenas intenciones. ¡Ponga Dios tiento en mi ánimo y elocuencia en mis labios, para que suplan tan eximios dones la pobreza de mi entendimiento!

Acabamos de celebrar, señoras mías, el miércoles de ceniza. A los buenos católicos nos ponen ese día una cruz en la frente, como anticipando la que más tarde ó más temprano han de poner en nuestra cristiana sepultura. Se nos recuerda que polvo somos y que en polvo hemos de convertirnos; se ofrece á nuestra meditación lo efímero de la vida, la vanidad de las pompas mundanas y lo inevitable y terrible de la muerte. Ese día de Ceniza, es un día que amanece desvelado, pobre, porque en la noche anterior gastó más de lo que podía gastar; enfermo del estómago y nublado el espíritu por penosas preocupaciones. La campana que en él repica es la del portón de la escalera, anunciando á los acreedores que suben. ¡Y qué acreedores. . . ! ¡La salud! ¡El amor! ¡La virtud! ¡La muerte! ¡Dios. . . !

Muy bien pensado fué llamarlo de ceniza; porque ceniza es lo que ya ha ardido, lo que ya ha brillado, lo que se acuerda del calor que tuvo, como nosotros nos acordamos del amor que sentimos. La nieve es más feliz que la ceniza, porque la nieve no fué nunca fuego.

Cuentan los entendidos en achaques eclesiásticos, que la ceniza del famoso miércoles es la de las palmas que lucieron en la proce-

sión del Domingo de Ramos y que después queman los clérigos. ¡Hermoso símbolo en verdad! ¿Qué ceniza más triste que la de la gloria? Primero palmas que, á modo de abanicos, sostienen en el aire, agitando éste, himnos de triunfo y cantos de esperanza; después, las mismas palmas reducidas á polvo, como las ilusiones que mecieron al moverse, y trocadas en signo de vejez ó muerte. La ceniza verdadera, la que más apaga, la que más enfría, es la que ha llovido en nuestra alma; la ceniza de las palmas que ceñimos con vanidad á nuestras sienas; la ceniza de las cartas de amor, quemadas antes de casarnos; la ceniza de los azahares ya marchitos; la ceniza de las flores que en otro tiempo nos dieron, ocultando un beso entre sus hojas; la ceniza de los versos nuestros que en un tiempo nos parecieron tan hermosos; la ceniza de nuestros diplomas ó de nuestros títulos honoríficos; y la más triste de todas las cenizas, la ceniza del escapulario que nuestra santa madre nos colgó del cuello y que nosotros besábamos de niños!

No es preciso pasar por el martes de Carnestolendas para llegar al miércoles de Ceniza. No es necesario salir de la orgía, de la bacanal, para sentir la tristeza de esa desvelada, el cansancio y desaliento de ese miércoles. Hay vidas puras; vidas sin manchas de vino; vidas sin labios mordidos por otros labios, y á las que el Destino pone un día la ceniza en la frente. Salen de la alcoba nupcial, salen del hogar paterno, salen del estudio; llevan muchas esperanzas, muchos deseos de hacer bien, muchos recuerdos santos, como niñas que llevan flores para ofrecerlas á la Virgen; y la suerte las arrodilla y les dice: ¡todo es ceniza! ¡todo es polvo! En ese día solemne de la vida, día que es como los días del Génesis porque nadie ha fijado aún su duración y lo mismo puede ser de una hora que de un año ó muchos años; en ese día no anunciado por el toque del alba sino por los dobles, unos se arrojan al agua, otros al alcohol, algunos á la honradez sin esperanza, muchos á la tristeza sin amigos. Fingíos por un instante, que las almas se quitan los cuerpos, como si se quitaran dominós. ¡Cuántas almas con la cruz en la frente! Esa joven hermosa acaba de casarse; amó ó creyó amar; sale de la alcoba que todavía huele á azahares; nadie la aguarda porque la creen feliz, y á la felicidad se respeta y cuida y rodea de silencio, como al sueño; busca á la madre para besarla y para decirle la más piadosa de todas las mentiras: que es dichosa; y esa joven que debe sonreír cuando alguien llegue, que debe ruborizarse cuando le hable el primer amigo, lleva ya la cruz de ceniza, el todo es miseria y toda es vanidad dentro del alma.

¡Cuántos, llevando la ceniza de sus amores muertos! ¡Cuántos, escondiendo las cenizas de sus creencias! Humo primero; polvo después. . . . ¡y eso es todo!

Pero eso es todo, señoras mías, para el que no sabe vivir con la

intensa vida del espíritu; para el que no sabe ir á la muerte limpio y bien vestido como quien va á una visita. Lo que nos recuerda el Miércoles de Ceniza y lo que en él nos entristece, no es el fin del hombre. Esa sería una perogrullada de la Cuaresma. Ya bien sabemos que hemos de morir. La vejez es peor que la muerte, porque dura más que ésta; y la vejez nos recuerda el Miércoles de Ceniza. Nos habla de que un día morirán los seres que amamos, y nosotros viviremos; de que un día nuestra hija se irá con su esposo, porque lo amará más que á los padres, y nosotros viviremos; de que pasado el tiempo oírán nuestra vanidad, ya lejano, muy lejano, el estrépito del aplauso que hoy oímos tan de cerca, y nosotros viviremos; nos habla en suma de que todo es polvo y se ha de volver polvo, no nosotros. . . . que, al cabo eso no importa. . . . el polvo nada siente. . . . sino todo lo que más queremos, todo lo que más amamos, todo lo nuestro en realidad ó en el deseo.

Es muy triste ese anuncio de inevitables despedidas; y más triste para vosotras, mis hermosas oyentes, porque sois las que con mayor pena os resignaréis á ser viejas, si es que os resignáis. La belleza es para vosotras como una segunda patria, y no queréis dejarla. Salís de ella, pero por fuerza, desterradas.

En verdad os digo, señoras mías, que de esa terquedad depende la desdicha de muchas mujeres, dignas de ventura. Ven al espejo, como se ve al conductor del ferrocarril cuando está uno comiendo en alguna estación, con inquietud y como preguntándole: ¿ya es hora? Levantaos de la mesa antes que el conductor; salid de la juventud antes que el espejo lo mande, despedíos, antes de que os despidan. ¿A qué teñirse las canas ó encubrir con afeites los estragos del tiempo? Con eso no se engaña á nadie. Los ojos de veinte años no se dejan engañar en contrabandos de hermosura. Las que tal hacen, se engañan á sí mismas, y cuando sonríen de satisfacción frente al espejo, el espejo, copiando la sonrisa, se ríe de ellas.

Resignáos señoras mías, y seréis felices, y seréis hermosas. Pues qué, ¿no tiene su hermosura la vejez? La belleza de ésta es una belleza blanca, así como la belleza de la juventud es una belleza color de rosa. Las viejas que no quieren ser viejas son las feas: hacen un gesto que las desfigura. Pero las viejas de buena voluntad, las que saben vestirse de negro como antes se vestían de azul ó blanco, ¡qué bonitas!

Saber ser joven, saber ser hombre y saber ser viejo, es saber vivir. Pero no hay que demorarse en la estación dejando partir el tren que la vida nos señaló, porque entonces se hace un papel ridículo. Entremos en él como entra el año, sin remilgos ni tardanzas, á sus cuatro estaciones. Primero es uno feliz por lo que goza; luego es feliz por lo que gozan sus hijos, ó los hijos de sus amigos. Primero se quiere; después se acepta.

Para que sea bella la vejez, se necesita que tenga una virtud suprema: la indulgencia. El joven es intransigente; el joven exige: ¡ha vivido tan poco. . . . ! ¡Cree que le deben tanto los demás. . . . ! Pero el viejo ya sabe que también él debe mucho; ya sabe que no pagan todos los deudores; y se resigna á pedir pequeños abonos de gratitud y de cariño á la ingratitud y al desamor humanos. ¿Qué ha aprendido viviendo tantos años si no ha aprendido á perdonar, para que los otros lo perdonen?

¿Que se van los hijos. . . ? Bueno, es decir, malo; pero es natural; perversamente natural, pero es así! En cambio vienen los nietos. ¿Que ya no se besa una boca de quince fresas? Bueno, es decir, malo; pero se besa una boquita que todavía no tiene dientes para morder fresas.

Porque queremos ser felices siempre de igual modo, somos desgraciados. Se cambia de felicidad, de la felicidad relativa que nos llega, así como se cambia de traje. Un viejo que no quiere ser viejo siente frío en el alma, como el que se empeñara en salir con traje de verano en el invierno. Pero no es culpa del invierno, es culpa de él.

Por eso yo, señoras mías, al poneros la ceniza en la frente, y al deciros que sois polvo—polvo de arroz, por supuesto, y del que yo quisiera muchos pomos,—también os digo que sepáis ser viejas porque así conservaréis vuestra hermosura.

Y tal es el deseo de vuestro capellán que mucho os ama.

SEGUNDO SERMÓN.

Como yo, señoras mías, predico los domingos, y el día más solemne de los días cuaresmales es el viernes, deseo asistir en él á alguna iglesia para oír la palabra de Dios, y tomar ejemplo de los grandes predicadores que son decoro y gloria de la cátedra sagrada. Pero es el caso que múltiples y profanas atenciones me vedan concurrir á esas fiestas evangélicas y edificantes, á las que tanto realce da vuestra presencia; y como quiera que es vivísimo el deseo por mí alentado, de instruirme en asuntos religiosos, con el único fin de perfeccionarme y de perfeccionaros—moralmente, se entiende, porque ya sois perfectas en lo físico y hasta cuentan que en lo químico,—lo que hago es comprar «El Tiempo» de mañana para leer el Evangelio del día, puesto que empiezo á leerlo á las doce en punto de la noche. ¡Qué brillantes, qué profundos, qué elocuentísimos sermones! ¡Como que en ellos habla el mismo Salvador del mundo con la divina unción de su palabra vivificadora! Entre esos discursos apostólicos y los sermones de muchos respetables sacerdotes, hay la misma diferencia que entre decir Jesús y decir Chucho.

El Evangelio del viernes último fué, mis señoras, el del paralítico. Él sabía que bañándose en la piscina (parece que así llamaban antes á la alberca Pane), sanaría tal vez; pero como era paralítico y como los demás eran egoístas, no podía moverse ni echarse al agua mucho menos. Se necesitó que pasara por allí Jesús, el Bueno entre los buenos, y que le dijera:—Alza tu catre y anda!—con lo cual quedó sucio, puesto que no se bañó, pero quedó curado por obra de la Divina Omnipotencia.

Si yo fuera pesimista—¡pero qué he de serlo. . . !—haría todas las noches esta oración al Redentor:—Jesús mío,—es decir, no mío, Jesús de todos,—Jesús, vuelve á nacer, porque hay muchos parál-

ticos, y muchos Lázarus, y muchas Magdalenas, y tú solo curabas, resucitabas, perdonabas! Parece que esta gente no se acuerda ya de tí. Todos son como esos descastados egoístas, que dejaban abandonado en su jergón al pobre paralítico, sin ayudarlo, sin alzarlo para que entrara en el baño milagroso. Por curar, cobran; resucitar, no saben; perdonar, no quieren. ¡Señor, vuelve á nacer, por vida tuya!—

Por fortuna, como arriba apunté, yo no soy pesimista. ¡Qué blasfemia decir que ya no existe la Virgen madre María, cuando tenemos una madre buena! ¿Cómo no creer en la eficacia, en la bondad presente y activa de la moral predicada por Jesús, cuando resuenan todavía, como una música lejana, en nuestro oído, las máximas que nos inculcó amoroso y sabio padre? ¡Sí: hay muchos buenos; yo conocí á algunos; yo conozco á uno. á dos. acaso á tres; tal vez más tarde conozca á otros; pero ¡hay buenos! Sin embargo, son más los paralíticos, y muchos más todavía los que no ayudan á los paralíticos.

El número de esas personas que no pueden moverse, casi es tan grande como el de los tontos. Paralíticos de bolsillo, paralíticos de corazón, paralíticos de voluntad. ¡Cómo abundan los pobres paralíticos! Pero no es la parálisis enfermedad irremediable. Ya Jesús lo demostró. Y está probado que la medicina mejor es la que empleó él: la bondad infinita. Para que esos inmóviles se muevan, hay primero que hacerles creer en uno, por medio del amor, y luego hacerles creer en ellos, en su propia fuerza. Y así curan, y se levantan, y caminan.

¡Cuántas de vosotras, mis señoras, tendréis maridos paralíticos, de esos que andan por las cantinas, y por el *Jockey*, y por las calles de Plateros, y por entre bastidores. y por otras partes! No lo digo por agraviarlos, ni mucho menos por hacerlos injuria; pero creo que esa es la verdad. Son paralíticos los que por herencia, por desencanto, por aburrimiento, se acuestan en el vicio ó se echan sobre el colchón de la pereza. Pero á todos los que están dormidos y no muertos, se les puede despertar. Al que no puede moverse por sí mismo se le carga, aunque pese, para llevarlo á donde le conviene. Cargar, señoras, no es oficio exclusivo de los asnos. Ya habréis visto en una de las cancelas del *Sagrario* á San Cristóbal cargando á Jesús. Y Jesús cargó á toda la humanidad. ¡Todas las buenas madres saben cargar á sus hijitos! Para soportar todo peso moral no se requiere mucha fuerza: lo que se necesita es mucho amor. Me diréis, tal vez, que San Cristóbal era muy grandote. Concedido; pero ese gigantón solo llevó en hombros á un niño; y ese mismo niño alzó, para salvarlo, todo un mundo. No: la fuerza, la corpulencia, la recia musculatura no son indispensables; lo indispensable es el amor.

La mujer es lo más débil, y al propio tiempo lo más fuerte. Yo conozco á señoras que soportan á maridos flacos y canijos, pero que

pesan mucho. ¡y los soportan! Todas vosotras, en queriendo, sois muy fuertes. Tan grande es vuestro poder, que el mismo Dios necesitó de una mujer para hacerse hombre y redimir el mundo. Podéis creerlo: si no hubiera mujeres, no habría hombres.

Pero, ¿basta con echarse á un marido sobre la espalda y pasarlo en tal guisa por las calles? A eso voy: no, no basta. Lo que conviene es llevarlo á alguna parte en que se cure. Cargar á los maridos para ayudarlos, es muy bueno; cargarlos, por cargarlos, es muy tonto.

Pero hay muchos, señoras, que están como el paralítico del Evangelio, cerca de la piscina, con el deseo de bañarse en sus aguas saludables. Y sus mujeres pasan junto á ellos de igual modo que los egoístas fariseos, sin decirles bien claro:—«puesto que tú no puedes yo te llevaré.»

¿Quién mejor que vosotras para curar á esos enfermos? Parece-me que curar es como cosa propia de mujeres. Los médicos recetan, escriben, estudian, dicen cosas en latín; pero las mujeres son las que le hablan á la enfermedad en castellano, las que tienen manos blandas, las que curan. Una esposa es la mejor medicina, siempre que proceda de botica que tenga responsable competente, y siempre, también, que alguien no la haya adulterado en el camino.

Curar. ¡ese es el oficio de los buenos en la vida! Yo no aconsejo á las señoritas que se casen con los paralíticos. No: para ellos hay hospitales. Pero si ya se casaron con esos tristes enfermos, que procuren curarlos. Y sobre todo, que no los paralícen después de casados, que no sean como esos sacristanes rapa-velas, que andan por el altar mayor apagando los cirios cuando acaba la ceremonia cuaresmal. ¿Creéis que os habéis casado para ser felices, hermosas oyentes mías? Pues creéis mal. ¿Cómo ha de dar el matrimonio lo que no da la vida? Os casasteis para ser dos. y luego más. Pero en ese *ser dos y luego más*—multiplicando, se entiende, no partiendo, porque hay divisiones que aumentan el hogar,—cabe mucha dicha, siempre que los esposos sepan empacarla. Mas para conseguirla hay que curar, señoras, curar mucho. Se entiende que la curación ha de ser mutua; pero como, por sus muchas ocupaciones, no han venido á esta iglesia los maridos, con vosotras hablo solamente.

Muy acá para entre nosotros, y basado en mi larga práctica de confesar, voy á deciros que hay muchos maridos, aun de esos que pasan por muy buenos, que son algo paralíticos, es decir, que aun siendo buenos están algo malos. ¿Los conocéis.? ¿Sí? ¡Por supuesto! ¡Acaso mucho! Pero os diré—soy optimista—que no son incurables. ¿Quién de nosotros no tiene alguna parálisis en alguna parte del alma? Pero ahora, como ha dicho uno de los más ilustres padres de la iglesia mexicana, el Sr. D. Francisco Bulnes, solo mueren de enfermedad los que son tontos. Podéis, pues, bellísimas feligreses, con-

fiar en la curación de vuestros excelentes maridos, que parecen tan sanos. Pero es indispensable que apliquéis el medicamento requerido. Sin médico puede haber curación; sin enfermera, no.

No es tan difícil, á mi entender, el tratamiento; pero si pasáis junto á los maridos como pasaban los fariseos junto al paralítico, de cierto que no se curan. Lo mejor es hacer lo que hizo Jesús: decirles que están sanos. No os aconsejo que les digáis: — alza tu cama y anda, — porque pudieran llevársela á otra parte. Pero sí os aconsejo que les digáis sencillamente ¡anda! teniendo cuidado de apoyarlos si tropiezan al dar el primer paso.

¿No es algo paralítico el que desconfía de sí mismo, el que no tiene fe, y por lo mismo no tiene esperanza, y por lo propio se arrepiente de haber tenido caridad algunas veces? Pues á ese decidle: — ¡anda! ¡Tú puedes ser sabio ó puedes ser ministro! — Llegará á gacetillero ó llegará á escribiente; pero algo es algo. Lo importante es decirle: — ¡anda!

Que crea en sí mismo, que crea en su fuerza, como creyó el paralítico del Evangelio, y ya veréis si se mueve.

¿Cuántas parálisis morales se curan de esta suerte! ¿Qué es la parálisis? Tener dormido el cuerpo. Pero á los que tienen pesado el sueño, los despiertan. Y todos, señoras mías, llevamos algo dormido dentro del alma. Todos necesitamos un despertador con campana bien sonora. Y ese es el problema al casarse: ¿resultará la esposa despertador ó apagador?

A algunos se les paraliza el cariño; hay que decirle á ese cariño: — ¡anda! Otros se paralizan en el tapete verde, en el mármol de alguna mesa de café, en el sofá de la amiga que sonrío.

Pero — no todos — algunos se quedan postrados en el tapete, en la mesa ó el sofá, porque la mujer, la única redentora posible, no les habla como habló Jesús al pobre enfermo: con amor y sin preguntarle por qué y cómo se enfermó.

¡Si supiérais, señoras, cómo ata una sonrisa! ¡Si viérais cómo, á veces, hasta los malos son buenos, si los quieren bien! ¡Si os convencierais de cómo se aborrece el champagne viendo cabellos rubios, ó castaños, ó negros, pero de uno, es decir, de otra persona que es de uno! Pero ¡qué digo! vosotras lo sabéis mejor que yo, y hasta me diréis que siendo padre, no debiera saberlo. Pero, por lo mismo, señoras, por lo mismo.

Y porque lo sé, y porque os quiero mucho (con permiso de vuestros esposos), deseo que pongáis en práctica mis consejos. Anhelo que tengais la convicción de vuestra fuerza propia, y os digo: ¡andad! como Jesús al paralítico.

Así seréis dichosas, relativamente. Y téngase en cuenta que no puede ser más desinteresado mi consejo, porque me gusta mucho consolar á las desgraciadas que llorarían con ojos muy hermosos, si lloraran.

TERCER SERMÓN.

Hermosas señoras mías:

Refiere hoy el Evangelio la curación de un hombre poseído del demonio mudo. Era aquél, de los mudos que no hablan, porque téngase en cuenta que hoy en día y merced á los adelantos de la ciencia, hay mudos que son muy habladores; al paso que personas muchísimas conozco que hablan y nada dicen, cual si fueran mudas. Dicho se queda, por supuesto, que este mudo era hombre, pues no pocos doctores y varios sabios de otra especie afirman, que no ha habido ni habrá mujeres mudas. El mutismo es masculino.

Sobre si fué útil ó no, para la sociedad, la curación de ese individuo, nada podré decir, porque el Evangelio no es explícito en lo tocante á este milagro; no puntualiza cuál era la condición del poseído á quien Jesús curó, para dar muestra ostensible de su gran poder; no dice si era tonto ó avisado, ni registra las palabras, frases y discursos que pronunció, ya sano, en el transcurso de su vida. La palabra es un don de Dios, no cabe duda; pero así como Dios hace todo bien y permite los males para nuestro ejercicio y mayor corona, así concede la palabra á unos para que nos enseñen y cautiven; y á otros para que, oyéndolos hablar, hagamos saludable penitencia.

Dícese á menudo que la palabra es lo que distingue al hombre de la bestia; pero abrigo algunas dudas sobre el particular, porque, con muchísima frecuencia he oído decir de álguien que habla, y precisamente porque habla: ¡qué animal es este hombre!

Quédese ello sin averiguación, y hablemos, señoras, de los mudos. No es culpa mía hablar de tanto enfermo: paralíticos, mudos, agonizantes, ciegos y muchos moralmente adoloridos son los que presenta á nuestra meditación el Evangelio. En él, como en la vida,

hay muy pocos felices, en el sentido netamente humano de la felicidad. Por lo propio es sublime el Evangelio, porque parece un hospital, un asilo, una casa de amor en donde vive y sonríe, y cura y hace bienes la santa, la divina Caridad.

Por fuerza mi sermón de hoy ha de tener varios puntos de contacto con el más reciente. Hace ocho días hablaba de los paralíticos que andan, y ahora hablaré de muchos mudos que hablan.

El mutismo es una enfermedad generalísima, si bien, por dicha, intermitente. Hasta me atrevo á asegurar que nadie escapa á esta dolencia. Todos, de cuando en cuando, enmudecemos. Abrid cualquiera novela—que no sea inmoral—y encontraréis en alguna página esta frase: «Fulano (ó mengano) enmudeció.» Y vosotras mismas, señoras mías, sin ir más lejos, sois las que más práctica tenéis de hablar con mudos. De jóvenes. . . digo, de solteras—porque todas vosotras sois muy jóvenes,—veis á un hombre que os simpatiza. . . que os gusta. . . que os conviene. . . y que os quiere.

Adivináis su cariño, con esa perspicacia femenil que ve el amor ajeno casi antes de que nazca; pero el amor recién nacido es como todos los recién nacidos: no sabe hablar. . . nada más llora! ¡Y ahí está vuestro trabajo, en enseñarlo á hablar! Ese amor mira, suspira, pasea á su víctima por la acera que está enfrente de vuestra casa, así como las ayas *pasean* á los niños para dormirlos; y ¡cosa rara! es necesario que ya esté muy bien dormido para que hable. Generalmente, á fuerza de paseos, se duerme el novio ó aspirante á novio, y entonces ya no le canta la nodriza: él es quien canta. Si el amor es verdadero, cuesta más trabajo que hable. Es de natural miedo, como si temiera lo que va á sucederle. . . quiero decir, lo que le sucediera si vosotras no fuérais lo que sois: amantes, bellas y honradas. Pero, á decir verdad, pocos resisten á vuestro poder, á vuestra magia, y en devolver la palabra á mudos, sois maestras, renovando á cada momento el milagro que nos refiere el Evangelio. Hay personas que decididamente no quieren hablar; que están conformes con ser mudas; que lo son por su gusto; que se tapan la boca con la mano, como los chiquillos á quienes dan alguna medicina desagradable; y sin embargo, á esos renuentes, á esos tercos, los hacéis hablar y hasta decir lo que jamás habían pensado. No: mientras haya ojos de mujer como los vuestros, no habrá nunca hombres mudos.

En justo acatamiento á la justicia agregaré que en esa tarea de enseñar á hablar, os ayudan con eficacia extrema las mamás. Mamás hay que sacan un «¡yo te amo!» hasta de alguna piedra. . . . particularmente si la piedra es preciosa.

Pero á pesar de vuestro poder y á pesar de la experiencia de vuestras mamás, soléis hallaros con algunos mudos rehacios á quienes no se consigue devolver el habla: ¡mudos como tapia! Se os mue-

ren ó cambian de médico algunos de vuestros enfermos, señoritas. ¡Si supiérais lo que se sabe en el confesonario! ¡Cuántas de mis hechiceras penitentes me traen su mudo á la rejilla! Sobre todo, las casadas. . . Por supuesto que no vosotras, no las casadas que me oyen, sino las casadas de afuera, las casadas de la calle. Esas tienen un mudo con quien bailaron un wals, ó que escribió versos en su álbum, etc., etc. En los más de los casos resulta que ese mudo no era mudo, sino que callaba porque no tenía deseos ni humor de hablar. Otros, probablemente si hubieran recobrado el uso de la palabra, habrían dicho alguna gran majadería. Pero como nada dijeron, se suponen ellas que tendrían cosas buenas que decir. La voz del marido la conocen ellas: es como la de muchos. Pero la voz de aquél mudo. . . ! Sería tal vez. . . sería probablemente. . . indudablemente sería la de Gayarre!

Lo temible es que de repente, después de que hayáis pronunciado en la iglesia, con acompañamiento de música y de amigas, el formidable monosílabo, se suelta hablando ese mudo. Porque entonces charla como loro y os aturde. Primero, cuando estáis aturdidas—y el aturdimiento dura poco,—os parece esa voz la de un tenor asombroso. Pero, á poco la oís como es en realidad, como la voz de vuestro esposo, como la de todos; pero con el aditamento de que os impone miedo, de que os exige la sumisión, so pena de la vida; de que mañana, por el mandato imperioso de esa misma voz, vuestros hijos tendrán que aborreceros. . .

Os. . . vosotras. . . ¡qué he dicho! La elocuencia arrebatada, arrastra. . . ¡perdonadme! Hablaba con las señoras de allá afuera; no con las que vienen á oírme, sino con las que vienen á arrodillarse en mi confesonario.

Porque debo decirlo, aunque no lo creáis, aunque os escandalicéis: hay señoras que tienen ó han tenido amantes. . . Pocas. . . sí. . . muy pocas, . . . pero algunas. ¡Libreme Dios de ser duro con ellas! La iglesia de que soy párroco se llama la Indulgencia y la Imagen más venerada en ella, es la Virgen del Perdón. Para que nosotros los sacerdotes perdonemos, nos obligan á ser célibes. Si fuéramos casados, habría un pecado que no podríamos perdonar. Pero como solo de nombre somos padres, perdonamos.

¡Sabe Dios—y yo también sé—cuántas de ellas van á otro amor porque el marido las echa, como propietario despiadado, del que habían escogido para habitarlo, para hogar! ¡Sabe Dios las blasfemias, los horrores, las infamias, que dijo ese ex-mudo, después de pronunciar el *sí* de! ante del altar! Pero este capítulo de disculpas, este juicio final, de algunos hombres que no tienen derecho á ser médicos de su honra, porque ellos mismos la enfermaron, será asunto de otro sermón. En el de ahora hablamos solamente de los mudos.

También algunas de mis penitentes me hablan de mudos actuales,

de los mudos *post nuptias*, no de los que vagan allá en el alba de la virginidad, no del primo tímido, no del poeta soñador, no del guapo mozo que bailaba wals, no de los que se fueron, sino de los que vienen: del que se sienta junto á ellas en el canapé, del que sube al palco y les habla de la ópera. . . . y nada más de la ópera; de aquél á quien las palabras se le salen por los ojos y no pueden brotarle de los labios. ¡Qué misterio, señoras mías! Acaso esos mudos, si hablaran, serían los amantes menos peligrosos! Hablo, por de contado, en sentido mundano, porque ya tengo dicho que soy un sacerdote laico. Y serían los menos peligrosos, porque esa falta de voz acusa exceso de emoción; porque en ese silencio pasa callado el amor; porque respetan; porque están en el caso del joven inexperto que enamora á una soltera y que ronda su calle y que tiembla al escribir la primera carta y que desea casarse. . . . con la única y grave diferencia de que la soltera de ellos ya es casada.

Y como estos mudos que no hablan continúan callando, llega entretanto el mudo audaz, el de rápida curación, el que cree que á él se le debe todo, el fátuo ó el atrevido ó el casual ó el que paga, y ese es el malo, digo, es el más malo, porque ese siempre desprecia y corrompe de seguro.

En mi opinión, para impedir que algunos mudos hablen tonteras, al empezar á hablar, cuando solteros; que otros vuelvan á enmudecer después del matrimonio; y que, no pocos, hablen algún día y en mala hora, lo que debe hacerse es hablar mucho. Y para esto voy á dar algunos consejos, no á vosotras, sino á vuestras amigas. Hay un hablar. . . . y otro hablar. Y desde luego os digo que hablar con los ojos es muy malo, porque casi siempre se dice ó se oye una mentira ó un disparate. Y también os advierto que hay dos palabras temibles en castellano, puntualmente las que por arterías y mañas del idioma son las más fáciles de pronunciar: el *sí* y el *no*. Las demás son gente menuda. Cuidáos, pues, de ellas, y atendedme.

La mujer, antes de casarse, cree que ya hizo hablar al mudo desde el momento en que éste le envió una carta encabezada por esta palabra, que suele ser todo el prólogo de un drama:

«Señorita:»

Desde esos dos puntos, el novio empieza á hablar hasta por los codos y hasta por el balcón y la ventana. La novia hace lo mismo, y en verdad, esos dos habladores son dos mudos. Porque hablan de la flor, del ramillete, del vestido, del baile, de la amiga, de un desconocido ó conocido de vista que se llama el amor, y de otras diversas chucherías; pero de lo importante, de lo grave, de lo trascendental, de sus respectivos caracteres, de sus mutuos sentimien-

tos, de cómo viven, de cómo han de vivir, no hablan nada. Es el suyo, en resumen, un diálogo de dos mudos, oído por una sorda corta de vista: la mamá. Y porque nada hablaron, antes del matrimonio, los dos novios, véis á tantos casados que andan por ahí del brazo, muy juntitos y con los ojos muy tristes como los bueyes que van tirando del arado.

Tal parece que este contrato de por vida se hace á hurtadillas de la verdad y de la moral. Que hablen los prometidos, ¡pero que no se digan nada! Que se vean, ¡pero que no sepan quiénes son! Al novio le ponen un centinela en la sala, tal vez no para cuidarlo sino para que no se les escape; y á la novia la sujetan á la vigilancia del contrarresguardo doméstico, para que no introduzca un contrabando. Y pasados algunos meses de este jugar á las escondidillas, se casan dos desconocidos, para conocerse, á poco, demasiado. Hay, pues, antes del matrimonio, mudos por compromiso y mudos por su voluntad. De los primeros ya hablé: son las víctimas. Los otros. . . . suelen ser los verdugos. En el noviazgo, en la escuela preparatoria del matrimonio, se enseña á hablar á los mudos, pero nada más les enseñan tres palabras, que son las que consideran fundamentales del idioma. Primero: *Te amo*. Y luego, *sí*. Entre aquella frase y este monosílabo abren un paréntesis que, por lo común se deja en blanco, ó se llena con dibujos, con florecitas, con besos y otras monerías. Después del matrimonio los mudos empiezan á hablar largo y tendido. . . . y entonces suelen decirse cosas que no son para oídas.

Por lo mismo, aconsejo que los novios hablen mucho y en castellano claro antes de casarse, y por lo mismo, deseo también, muy vivamente, que Dios les devuelva el habla á las mamáes, para que griten menos cuando se metan á políticas.

Después del *te amo* y antes del *sí* es cuando se les debe de soltar la lengua á las futuras cónyuges.

Respecto á los mudos voluntarios, de ambos sexos, diré poco, en atención á que realmente y por más que predique en la iglesia de la Indulgencia, me resisto á perdonarlos. Que un hombre ó una mujer estafen una vida, es delito imperdonable. Un joven simpático dice con verdad ó sin ella á una señorita: *quiero á usted*. Si la quiere, necesita para ser querido á su vez, tener algunas cualidades. Pongamos que no las tiene: en tal caso se las fabrica, engaña, miente, se las roba. Ha comprado con moneda falsa una virginidad, un cuerpo, un alma? Qué, el amor es disculpa? No, señoras! También hay pobres á quienes les gustan mucho las piedras preciosas; pero si no tienen para adquirirlas y las hurtan con astucia ó engaño, del escarapate, no se les llama pobres enamorados, sino viles ladrones. A esos mudos que ya dijeron: SEÑORITA. . . . les preguntó la felicidad de esa virgen, por dónde iba su camino, y entonces fueron mudos los infames.

Otro joven simpático—pongo ahora por caso,—le conviene á una niña casadera. Le conviene porque es buen mozo, porque tiene dinero, porque tiene porvenir (como se dice malamente), ó nada más porque desea casarse. Y para que no se vaya, para que crea en ella, para uncirlo á su vida, como se unce un buey á la carreta cargada de paja, le finge amor, le finge virtudes, le esconde todo lo malo, todo lo ruín, todo lo putrefacto que ha de llevarle en dote; le habla mucho delante de la mamá, encubridora y cómplice, de su modestia de su humildad, de lo malas que son otras mujeres y habla mucho, habla mucho ¡y qué muda que es esa habladora!

Ya véis, mis oyentes, cómo la mudez es enfermedad harto común. Acompañadme ahora á pedir al Altísimo que muchas hablen y que algunas callen.

Así sea.

CUARTO SERMÓN.

«En aquel tiempo: Vino Jesús á una ciudad de Samaria llamada de Sicar, vecina á la heredad que Jacob dió á su hijo José. Aquí estaba la fuente de Jacob. Jesús, pues, cansado del camino, sentóse así sobre el brocal de este pozo. Era ya cerca la hora de sexta. Vino una mujer samaritana á sacar agua. Díjole Jesús: Dame de beber. (Es de advertir que sus discípulos habían ido á la ciudad á comprar que comer). ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber á mí que soy samaritana? (Porque los judíos no comunicaban con los samaritanos). Díjole Jesús en respuesta: Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: «Dame de beber;» puede ser que tú le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado agua viva. Dícele la mujer: Señor, tú no tienes con que sacarla, y el pozo es profundo: ¿Dónde tienes, pues, esa agua viva? ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro padre Jacob que nos dió este pozo del cual bebió él mismo, y sus hijos y sus ganados? Respondióla Jesús: Cualquiera que bebe de esta agua, tendrá otra vez sed; pero quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá á tener sed: antes el agua que yo le daré, vendrá á ser dentro de él un manantial de agua que manará hasta la vida eterna. La mujer le dijo: Señor, dame de esa agua, para que no tenga yo más sed ni haya de venir aquí á sacarla. Pero Jesús le dijo: Anda, y llama á tu marido, y vuelve acá. Respondió la mujer: Yo no tengo marido. Dícele Jesús: Tienes razón en decir que no tienes marido, porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido. En eso la verdad has dicho. Díjole la mujer: Señor, ya veo que tú eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar. Respondióle Jesús: Mujer, créeme á mí: ya llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis. Pero noso-